


# CORDÓN DE SANGRE

*Nidesca Suárez*



 George Hall mató a su mujer de manera simple, cruel y rápida, tres características que lo distinguían entre todos los hombres. Pero tal vez deba remontarme catorce años atrás antes de volver a nombrar a Hall "cordón de sangre", tal como se le conoce en toda California.

En 1840, los veleros de la Armada inglesa atacaron las costas de Guandong, en China. La dinastía manchú había decidido cerrar los puertos a toda embarcación extranjera, pero los demonios blancos no estaban dispuestos a ceder su mejor mercado dócilmente, el tráfico de opio los había enriquecido y no sería una dinastía decadente lo que los obligaría a retirarse.

Yo tenía quince años y el sonido de los cañones se me grabó para siempre en algún lugar del sueño, porque desde ese día no he podido dormir sin escucharlos; cuando diez años después llegaron los americanos ofreciéndonos un pedazo del Paraíso no lo dudé y subí al primer barco que zarpó. Así es, abandoné mi país y mi familia por la ilusión de una tierra que no oliera a ruinas.

Pronto comencé a pagarlo, no me embarcaba como hombre libre, sino como esclavo y, como tal, no era digno de una comida decente o de ser tratado como un ser humano. Ellos nos consideraban bestias de carga, yo los consideraba criaturas primitivas y aunque mi corazón estaba lleno de odio no me molesté en despreciar aquellas formas sin alma que se llamaban a sí mismos hombres. Uno de aquellos seres era George Hall, el jefe de la manada, quien tiñó su cordón con el rojo de nuestra sangre y la de muchos otros que, incautamente, cayeron en la trampa de perseguir el espejismo de un mundo diferente.

Rieles, rieles y más rieles, millas y más millas, humillación y más humillación, desesperanza y más... y más... y el cordón de Hall implacable sobre cualquiera que se atreviera a levantar la mirada.

Cuando terminé de echar los rieles fui tras el oro, pero jamás encontré nada. Me torné en ermitaño y como sabía que no había vuelta atrás mi alma se fue secando. Además del rugido de los cañones, la silueta de un dragón comenzó a colarse frecuentemente en mis sueños. Había aparecido por vez primera en el barco, una noche particularmente fría, en la que la piel llagada de mi espalda maldecía al cordón ensangrentado de George Hall. Había continuado visitándome al echar las vías del ferrocarril y se había burlado de mí al ir tras las rocas amarillas y brillantes que se hallaban siempre fuera de mi alcance. Ese dragón que yo había decidido ignorar era para entonces mi único compañero y me pareció escucharlo susurrar que si buscaba a Hall haría justicia. ¿Pero cómo haría un chino justicia en una tierra que se regía por todo lo opuesto a ese precepto?

En vez de ir tras Hall me interné en el desierto y decidí morir, huía de todo sonido humano, de los cascos de los caballos, del resplandor de las fogatas, de las voces ruidosas y torpes, de la estela dejada por las balas. Huía de un mundo que apestaba, cada día alguien era víctima de la violencia que había decidido hacer de este territorio su sala de fiesta. América es como un toro sediento de sangre, un toro al que han marcado con un hierro demasiado candente arrancándole el sosiego y el juicio, por eso no puede parar, además está ciego, lo cual lo hace aún más peligroso.

Me alejé tanto que ya no logré escuchar nada, pero yo también, al igual que el toro al que tanto temía, tenía marcas que no me permitían la paz, sobre todo aquellas infligidas por el cordón de George Hall, las cuales me impedían dormir sobre la arena caliente, tan insoportable se fue haciendo el dolor que seguramente terminé de enloquecer por la falta de sueño y decidí ir a buscarlo.

Tuve que andar tanto para volver al mundo que la gente se espantaba a mi paso, como si adivinaran en mí a un alma tocada por la muerte, ya no pertenecía a este mundo, habitaba en él, pero ya no había lugar para mí. Si cerraba los ojos solo atinaba a

ver un desierto más estéril que el que había dejado atrás, si los abría lo que veía me dejaba indiferente. Tenía un único objetivo, fuera de eso nada me importaba.

Intenté entrar a una cantina, pero apenas crucé la puerta me echaron, no se permitían chinos. No comprendían que ya no pertenecía a lugar alguno. Cuando volteé para marcharme me encontré de frente con el caballo de Hall. A un animal así lo reconocería incluso en la noche más oscura, llevaba encima la maldad del amo y sus ojos, esos terribles ojos, solían reírse del miedo. Bonito dúo, Hall y él: un centauro salvaje sin rastro de conciencia.

Esperé a que Hall saliera para seguirlo, lo mataría con mis propias manos, el dragón me ayudaría, no tenía arma, salvo mis ansias de acabar con él.

Seguí al centauro por caminos llenos de fango, torpe animal de dos cuerpos, no me sintió, su soberbia, tal vez, le impedía suponer que alguien se atreviera a seguirlo. Se detuvo frente a una casucha maltrecha y desmontó torpemente, llevaba el cordón en la cintura, más rojo que nunca. Avivado por la furia del dragón avancé para atacar por la espalda, pero la puerta de la casa se abrió y apareció una mujer tan triste que sentí que ella y yo éramos iguales.

“Aquí no entras George Hall, perdiste ese derecho”. Lo apuntaba con pulso tembloroso. Las manchas violáceas en la cara y los brazos no lograban opacar su belleza. Con rapidez sin igual, Hall sacó el cordón y le cruzó el rostro. Ella lanzó un grito ahogado, el arma cayó dejando escapar una bala que rozó la tierra, se llevó ambas manos al ojo que sangraba mientras su espalda se encorvaba. Pensé que Hall usaría el látigo de nuevo, pero rápidamente desenfundó el revólver y disparó en dirección al otro ojo que lo contemplaba con pavor y rabia. Al pasar junto al cuerpo que aún respiraba escupió.

El dragón me incitaba a seguirlo, pero el miedo me paralizaba, me quedé en las sombras viendo cómo la vida abandonaba el cuerpo de aquella mujer que ya nunca sabría que ella y yo habíamos sido iguales. Las lágrimas me sorprendieron, no esperaba volver a sentir, pero lo estaba haciendo y era insoportable.

Por alguna razón ese crimen conmocionó a la opinión pública. Quise servir como testigo para redimirme, pero el toro decretó que los chinos somos una raza inferior, incapacitada para el desarrollo intelectual, menos aún para testificar contra uno de los suyos, por lo tanto Hall ha quedado libre para continuar usando su cordón como mejor le plazca.

El dragón se ha ido extinguiendo de mis sueños, tal vez ha naufragado en una de las tantas botellas de aguardiente que consumo para anestesiar lo que siento; antes de marcharse me ha maldecido con una memoria nítida que no hace sino traerme los mismos recuerdos cada vez más vivos.

Anoche volví a soñar, hacía mucho que no lo hacía, fue un sueño delirante plagado de alcohol, vi cómo el dragón devoraba al toro, y por fin, entre sus fauces, este último encontraba sosiego, y aunque el toro había crecido mucho el dragón estuvo a la altura del reto. ¿Por qué no me traga a mí también? No, dejará que el toro lo haga. Cada vez está más cerca, aquí lo espero, ya no temo su embestida porque sé que en algún lugar de la muerte la mujer de Hall me espera para compartir nuestra tristeza.

\*

